

EL VIGÍA

José Faúndes Fuentes, tercera generación de marinos, había sido destinado al faro cinco. Un roquerío salido de la nada, envuelto de aves, peces y corales. Enraizado de sol, estrellas y aire helado con sabor a sal, a espumas y olas que convergen sobre la superficie glacial en el extremo sur del continente.

El relevo era cada dos años, llevaba seis. Sucedió así casi sin darse cuenta. Los años pasaron, claro, pero no podía cambiar lo que estaba hecho. José Faúndes había perdido la noción del tiempo, se quedó con sus sueños y el mundo invertido en medio de la redondez del reducido espacio de cemento frente a los peñascos del acantilado abrupto y sosegado. La estrecha pieza era su pequeño mundo que se extendía desde la ventana hacia la mar: azulosa, apacible y lúcida. José conocía muy bien la mar. Podía presagiar el clima, una marejada, una marea, una tormenta, un tifón, etc. José amaba el mar con sus olas vivas y ondulantes. Amaba la brisa tenue, transparente y helada. La lluvia insistente y gélida, llena de sueños, llena de encantos. José amaba a los pájaros que surcaban con sus alas la luz, desde el cielo a las aguas de la mar, como en una extrema sinfonía de redes, peces y asombro, al compás del vuelo magistral en un paraíso de albatros, gaviotas y pelícanos. José lo amaba todo, desde el glacial espumado y eterno hasta los lobos, a los que conocía y distinguía con sutil agudeza a través de sus prismáticos de los cuales jamás se separaba.

Había también un telescopio. A través de él, había aprendido a conocer las estrellas y sus constelaciones. Logró establecer los efectos que la luna ejercía en el mar según la fase en que ellas se encontraran. Sus predicciones eran más

acertadas que aquellas que oía por radio desde la estación marítima. Logró influir y mejorar la navegación de muchas lanchas que le llamaban para consultarle. Fabricó también rústicos sensores para percibir el movimiento del sol que los relacionaba con las coordenadas de paralelos y meridianos y saber exactamente la hora en cualquier lugar del mundo. Aprendió también el comportamiento de las aves y los peces, sus movimientos migratorios, sus periodos de apareo y ovulación.

La rutina de José era simple. Despertaba con el alba y luego hacía sus quehaceres domésticos. Atento siempre al radio, se sentaba a observar con sus prismáticos la infinidad del mar y la sinfonía de los peces. Anotaba todas las observaciones. Describía con prolijidad las ondulaciones de las olas, el vuelo de los

pájaros y los movimientos de los vientos y las nubes. Ellos eran sus instrumentos de predicción. A mediodía preparaba su merienda con los alimentos que la Armada le proporcionaba cada quince días a través de una lancha de reconocimiento. Que anclaba cerca del muelle. Muchas veces recibía cartas de su familia a quienes no contestaba, no lo hacía por temor a que esa comunicación lo llevara a abandonar todo y volver a la ciudad. Leía las cartas y se alegraba de saber que estaban bien. Luego daba un paseo por la planicie y volvía a dormir para estar listo al atardecer. José sabía que su labor era nocturna, la noche le fascinaba. Renacía con la frescura y el aire helado de la noche. Preparaba el mate bien cargado con poca azúcar, le agregaba hierbas que mantenía caliente en una cafetera sobre la cocina a leña que no paraba de funcionar día y noche. Su pan era un pan amasado que él mismo hacía y lo llenaba con lo que más le gustaba:

rebanadas de un pernil que mantenía colgado sobre esta cocina manchada de aceite y manteca de cerdo. Luego encendía el faro a la hora precisa, no importaba si era invierno o verano el faro cinco siempre prendía a las 19 hrs. Mantenía contacto permanente con los navegantes que se acercaban al roquerío a través del radio que permanecía prendido. Tampoco dejaba su manta, su gorro y sus botas que siempre usaba. Compró todo en Magallanes con su primer sueldo. Sintió que no necesitaba más. La marítima le entregó ropa institucional: una parka, botas, ropa de agua...nunca las usó.

Pocas veces la rutina de José se vio alterada como aquel día de julio del año 1956. Sus estudios le indicaban una alta probabilidad de una tempestad en un extenso radio cartográfico. La afirmación no coincidía con los indicadores oficiales. El pesquero Maullín no había advertido la inconveniencia de continuar su ruta hacia el sur. José pudo percatarse por la frecuencia, de la imprudencia de su capitán Rubén Hernández Solís con quien intentó comunicarse, pero la señal no ocupaba el mismo código. Los vientos, las emisiones que se atoraban de otras embarcaciones y el radio de José, que ya necesitaba reparaciones, dificultaban la señal. La tempestad se desató la madrugada del 2 de julio. José no cerró ni por un minuto los ojos. Sus esfuerzos por convencer al Rompehielos de una inminente tragedia prosperaron tardíamente. El macizo oyó la desesperada advertencia que hizo José, pero el pesquero recibió muy tarde la indicación de devolverse hacia el norte. El timonel del Maullín perdió el control por la fuerza de las olas, haciendo desvanecer toda posibilidad de terminar de girar la proa hacia el norte. La maniobra, abandonada a la suerte de los vientos y las corrientes marinas, hizo que la presión del agua inundara rápidamente la sala de máquinas. Los estrepitosos

movimientos desprendieron las anclas de gruesa envergadura, los arpones y el material pesado golpeaban una y otra vez la popa de la embarcación haciendo un gran forado

Pag. 3

imposible de reparar. El agua entró con demasía fuerza y barrió con el comedor y la cocina. Pedro Ignacio Villarroel fue el primero en salir disparado por la borda. Sus gritos de socorro se perdieron en medio de la oscuridad y la insolencia de las olas. A lo lejos, por el noreste, apareció una luz que ondeaba sus rayos al vaivén de la bravura del viento y la lluvia. La luz sorprendió a Juan Sánchez Oñate, que no pudo sostenerse del palo mayor, al hacer un esfuerzo por cerciorarse que esa luz no era producto de la desesperación y el desamparo. Solo la abismante y salina oscuridad saben de su destino. /a Pedro y a Juan se los llevó el temporal, Una cruz en medio del Iceberg simboliza sus prematuras muerte de algas, arrecifes y peces/.El Rompehielos no pudo rescatarlos.

En medio de la lucha por aferrarse a la vida y desafiando la ira de la tormenta, la inmensa mole de fierro, iluminada por el Santo Patrono, apareció como un gran faro que de pronto lo encendió en el momento justo en que el Maullín rompiera en dos. De los seis, sólo cuatro subimos al Rompehielos.

Luego de esta tragedia José Faúndes dejó la armada y se fue a vivir en una isla del archipiélago de Chiloé, como siempre solo. Allí terminó sus días trabajando en un aserradero. Aún se comenta entre los pescadores esta hazaña como resultado de sus estudios y la precariedad de sus instrumentos.

Cuando ya han pasado varios años de aquella infernal noche y mientras deposito una flor en la tumba de José, recuerdo vivamente su memoria. Junto con agradecer su infinita dedicación y su paciencia, en aquella labor de soledad, puedo agregar que José Faúndes aprendió todo lo necesario para ser útil en un lugar lejano y hostil donde el mar, los peces, y las aves eran su mundo y giraban como en un acertijo en medio de la nebulosa y soñadora oscuridad que traspasaban los límites de la imaginación y las sombras

Rubén Hernández Solís,

Capitán del Pesquero Maullín

Marzo de 1978